

tenia el rey en Paris. «Ellos manifiestan francamente—le dijeron—la intencion de reconquistar el trono por la contrarevolucion, de hacerse independientes, de destronar á su hermano y de proclamar una regencia.» El confidente de Luis XVI volvió á salir para Ginebra despues de esta entrevista. El emperador, el rey de Prusia, los principales príncipes de la confederacion, los ministros, los generales y el duque de Brunswick se volvieron á Maguncia, ciudad en que, con motivo de las conferencias, se habian suspendido los regocijos públicos, y que fué por algun tiempo el cuartel general de los tronos. Allí, bajo la inspiracion de los emigrados, se adoptaron resoluciones extremas, y se decidió combatir cuerpo á cuerpo á una revolucion que iba engrandeciéndose con las contemplaciones que se guardaban con ella. Las súplicas de Luis XVI y las advertencias de Mallet-Dupan se olvidaron completamente, y el plan de campaña se dispuso al momento.

Estaba éste arreglado del modo siguiente. El emperador debia tener la direccion suprema de la guerra en Bélgica, y el duque de Saxe-Teschen mandaria aquel ejército bajo sus órdenes. Quince mil hombres de sus tropas debian cubrir la derecha de los prusianos y unirse á ellos cerca de Longwy. Veinte mil hombres del emperador mandados por el príncipe de Hohenlohe debian situarse entre el Rhin y el Moselle, cubrir la izquierda de los prusianos y operar sobre Landau, Sarrelouis y Thionville. Un tercer cuerpo, á las órdenes del príncipe de Esterhazy y reforzado con cinco mil emigrados conducidos por el príncipe de Condé, debia amenazar las fronteras desde Suiza hasta Philipsbourg. El rey de Cerdeña tendria su ejército en observacion sobre el Var y el Isere. Tomadas estas disposiciones, se resolvió responder al terror con el terror y publicar en nombre del duque de Brunswick, generalísimo del ejército, un manifiesto que no dejaria á la revolucion francesa otra alternativa que la sumision ó la muerte.

Mr. de Calonne le inspiró. El marques de Limon, antiguo intendente de hacienda del duque de Orleans, revolucionario ardiente en un principio como su amo, y despues emigrado y realista implacable, fué el que lo redactó, sometiéndolo á la aprobacion del emperador, que se lo hizo aprobar al rey de Prusia y éste á su vez al duque de Brunswick. El duque manifestó que no era enteramente de su agrado, y pidió que se le permitiese dulcificar algunas de sus expresiones; los soberanos se lo permitieron, pero el marqués de Limon, apoyado por el partido de los príncipes franceses, volvió á redactarlo en los mismos términos que anteriormente. El duque de Brunswick se indignó al ver esto, é hizo pedazos el manifiesto, sin atreverse no obstante á declarar que no tenia parte en él. Así es que aquel escrito apareció con todos sus insultos y amenazas á la nacion francesa. Instruidos el emperador y el rey de Prusia de las secretas condescendencias del duque de Brunswick con Francia y de la oferta de la corona hecha á él por los facciosos, le hicieron sufrir la responsabilidad de esta proclama como una venganza ó como una retractacion. Este imperioso reto de los reyes á la libertad amenazaba con pena de la vida á todos los guardias nacionales que fuesen cogidos con las armas en la mano defendiendo su independecia y su patria, intimando ademas que, dado caso que se cometiese el menor ultraje por parte de los facciosos contra la majestad real, se arrasaria Paris hasta hacerle desaparecer de la superficie de la tierra.

## LIBRO QUINCE.

Discordia en el Consejo de ministros.—Dispónese un campamento de veinte mil hombres en las inmediaciones de Paris.—Niégase el rey de nuevo á sancionar el decreto contra los sacerdotes.—Destitucion de Roland, de Claviere y de Servan.—Roland lee en la Asamblea su carta confidencial al rey.—El rey se niega definitivamente á sancionar el decreto contra el clero.—Grupos del arrabal de San Antonio.—Dumouriez presenta su dimision.—Nuevo ministerio formado el 17 de Junio.—Salida de Dumouriez para el ejército.—Su despedida del rey.—La casa de madama Roland es el centro del partido girondino.—Conspirase allí para la supresion de la monarquía.—Barbaroux.—Buzot amigo de madama Roland.—Danton.—Su nacimiento.—Su retrato.—Hostilidades en Bélgica.—Reveses.—Causas de éstos.—Generales.—Consternacion de Paris.—Estado de Francia.

### I

Miéntas la inminencia de una guerra á muerte agitaba al pueblo y amenazaba al rey, la discordia seguia reinando en el Consejo de ministros. Dumouriez acusaba á Servan de obedecer con un servilismo más semejante al amor que á la condescendencia las insinuaciones de madama Roland y de hacer fracasar el plan de invasion en Bélgica. Los amigos de madama Roland amenazaban á Dumouriez por su parte con hacerle dar cuenta en la Asamblea del destino, sospechoso para ellos, de los seis millones que para gastos secretos se le habian concedido. Guadet y Vergniaud tenian ya preparados sus discursos y un proyecto de decreto para que se le exigiese cuenta de aquella suma. Dumouriez, que con este oro habia comprado muchos amigos y cómplices entre jacobinos y fuldenses, aparentó una gran indignacion al ver las sospechas que de él se tenian, y so pretexto del ultraje que se hacía á su honor, se negó terminantemente á dar cuentas y amenazó con dar su dimision. Al oír esto, un considerable número de fuldenses y de jacobinos, entre los cuales estaba el mismo Petion, fueron á casa del ministro agraviado á instarle para que no abandonase su puesto. Dumouriez consintió en ello, pero á condicion de que se le dejase disponer de estos fondos, teniendo absoluta confianza en su conciencia. Intimidados los girondinos al ver que aquel hombre pensaba en retirarse, y conociendo que necesitaban de la firmeza de su carácter, renunciaron á proponer el decreto que tenian preparado y le dieron un voto de confianza. El pueblo le vitoreó al salir de la Asamblea, y estos aplausos resonaron dolorosamente en el conciliábulo de madama Roland. Esta estaba envidiosa de la popularidad de Dumouriez, porque segun su modo de ver, no era la que da la virtud, que era la que ella queria exclusivamente para su marido y para todo el partido. Roland y sus colegas girondinos, Servan y Claviere, redoblaban sus esfuerzos, ejercian violencias sobre el ánimo del rey, y no escaseaban denuncias para conquistarla. Su táctica, resultado más bien de la debilidad que de la ambicion, consistia en adular á la Asamblea, agasajar al pueblo, irritar á los jacobinos contra la corte, asediar al rey



exigiéndole imperiosamente unos sacrificios que sabían le eran imposibles, denunciarle á la opinion como causa de todos los males y obstáculo á todos los bienes, hasta obligarle finalmente, á fuerza de insolencias y de ultrajes, á que los depusiese, para tener con esta medida un pretexto de hacer ver que era traidor á la revolucion.

Este sistema de denigrar á un rey de quien eran ministros era el fondo de la conjuracion de madama Roland, con la diferencia de que aquel hombre obraba de esta suerte movido por su carácter áspero y disgustado, y sus colegas lo hacían movidos por una rivalidad de *patriotismo*, con Robespierre. Los sentimientos de madama Roland y de su marido consistían en una pasión por la república, que no podía mirar con paciencia la sombra de trono que quedaba aún, y que miraba con complacencia las facciones dispuestas á trastornar la monarquía. Cuando éstas carecían de armas, madama Roland y sus amigos se apresuraban á prestárselas.

Vióse un fatal ejemplo de esto en una medida tomada por Servan, ministro de la Guerra. Dominado éste por madama Roland, propuso á la Asamblea nacional, sin la autorizacion del rey y sin la aprobacion del Consejo, la formacion de un campo de veinte mil hombres en los alrededores de Paris. Este ejército, compuesto de federados escogidos entre los sujetos más exaltados de las provincias, debía ser, segun el plan de los girondinos, una especie de ejército central que, enteramente á la obediencia de la Asamblea, fuese un contrapeso á la guardia del rey, comprimiéndose la nacional, y recordase aquel ejército del parlamento que, mandado por Cromwell, habia conducido á Carlos I al cadalso. La Asamblea, á excepcion del partido constitucional, se apoderó de esta idea, como se apodera el odio del arma que la casualidad ofrece á su vista.

El rey sintió el golpe; Dumouriez comprendió la perfidia y no pudo contener su ira contra Servan cuando se reunieron en el Consejo. Las reconvencciones que le dirigió fueron las de un leal defensor de su rey, y la respuesta de Servan, asaz insultante aunque evasiva. Los dos ministros echaron mano á la espada, y á no ser por la presencia del rey y por la mediacion de sus compañeros, la sangre hubiese corrido allí mismo.

El rey queria negar su sancion al decreto de la formacion del campamento de que vamos tratando, pero Dumouriez le dijo: «Es ya demasiado tarde; vuestra negativa no serviría sino para poner de manifiesto unos temores harto fundados, pero que es preciso cuidar de que no sean conocidos de vuestros enemigos. Sancionad el decreto, que yo me encargo de neutralizar el peligro de esta reunion de fuerzas». El rey pidió que se le diese tiempo para reflexionar.

Los girondinos le intimaron al dia siguiente que diese su sancion al decreto contra los sacerdotes no juramentados, pero hallaron un fuerte obstáculo á su proyecto en la conciencia religiosa de Luis XVI. Este príncipe, apoyado en su fe, declaró que consentiría morir ántes que firmar la persecucion de la Iglesia. Dumouriez insistió tanto como los girondinos por obtener aquella sancion; pero el rey se mantuvo inflexible. De nada sirvió que Dumouriez le hiciese presente que si se negaba á adoptar medidas legales contra el clero no juramentado, exponía á los sacerdotes á ser asesinados, haciéndose responsable con esto de la sangre que se derramase. En vano le representó que aquella negativa haría perder su popularidad al ministerio, y le quitaría toda esperanza de salvar la monarquía. Vano fué

también que se dirigiese á la reina y que, excitando en ella todos los sentimientos de madre, tratase de hacer que se uniese á los ministros para inclinar su ánimo á acceder á lo que del rey se exigía. La reina luchó también algún tiempo sin poder obtener nada, hasta que al fin empezó el rey á titubear, y citó á Dumouriez para que se viesen secretamente aquella misma noche. En esta conferencia mandó el rey á Dumouriez que le propusiese tres ministros para reemplazar á Roland, á Claviere y á Servan. Dumouriez, que estaba preparado para este caso posible, propuso para el ministerio de Hacienda á Vergennes, á Naillac para el de Negocios extranjeros, y á Mourgues para el del Interior, reservándose él el de la Guerra, ministerio equivalente á la dictadura en una ocasion en que Francia se convertía en un ejército. Roland, Claviere y Servan, profundamente irritados por un suceso que ellos mismos habian provocado sin saberlo prever, acudieron á la Asamblea á manifestar sus quejas y á acusar al rey. Recibióseles como á unos mártires del patriotismo. Ellos por su parte habian cuidado de atestar las tribunas de partidarios suyos.

Los ministros caidos asistieron á la sesion de la Asamblea so pretexto de darle cuenta de los motivos de su deposicion. Roland leyó entonces la famosa carta confidencial de que ya hemos hablado, y que también hemos dicho que se la habia leído al rey en su gabinete. Este hombre fingió creer que la deposicion de los ministros era en castigo de su valor. Los consejos que daba al rey en aquella carta se convirtieron de este modo en objeto de acusacion contra el desdichado príncipe. Jamás habian dado los facciosos un golpe tan terrible al rey como el que le daba su ex-ministro. Las pasiones ciegan el ánimo del pueblo, y hay ciertos dias en que la perfidia pasa por heroísmo; razon por la cual los girondinos tuvieron á Roland por un héroe en aquella ocasion. Mandóse imprimir la carta fatal, para que fuese remitida á los ochenta y tres departamentos.

Roland fué aplaudido al salir de la Asamblea, y Dumouriez silbado en cuanto se presentó en ella. Subió, sin embargo, sereno á la tribuna, en donde conservó toda la sangre fria de un militar en el campo de batalla. Empezó por anunciar á la Asamblea la muerte del general Gouvion. «Dichoso de él—dijo con tristeza—por haber muerto peleando contra el enemigo, y por no tener que ser testigo de las discordias que nos despedazan. Yo envidio su muerte.» Percibíase en su acento la serenidad enérgica de un alma fuerte resuelta á luchar contra las facciones hasta perecer. En seguida leyó una memoria sobre el ministerio de la Guerra, en cuyo exordio, agresivo para los jacobinos, se reclamaba el respeto debido á los ministros del poder ejecutivo. «Oís al nuevo Cromwell?—exclamó Guadet con una voz de trueno.—Se cree ya tan seguro del imperio, que se atreve á imponernos sus consejos.» «¿Y por qué no?»—contestó Dumouriez con orgullo y volviéndose hácia la Montaña. Su seguridad impuso á la Asamblea, y su actitud militar le hizo respetar del pueblo. Los diputados fuldenses salieron con él y le acompañaron á las Tullerías. El rey le dijo que consentiría en dar su sancion al decreto para la formacion del campo militar; pero en cuanto al concerniente á los sacerdotes, repitió á los ministros que habia adoptado definitivamente su partido, y les encargó que llevasen al presidente de la Asamblea una carta escrita toda de su puño, en la que manifestaba los motivos de su  *veto*. Los ministros le saludaron y se separaron consternados.



## II

Cuando Dumouriez volvió á su casa, supo que empezaban á formarse grupos en el arrabal de San Antonio, é inmediatamente fué á dar cuenta al rey de esta novedad; pero el príncipe, creyendo que se trataba de asustarle, perdió la confianza que tenia en Dumouriez. Este presentó su dimision, que fué aceptada inmediatamente. Encargóse entónces de la cartera de Negocios extranjeros á Chambonas, y de la de Guerra á Lajard, partidario de Lafayette; la del Interior fué confiada á Mr. de Monciel, constitucional fuldense y amigo del rey. Esto acaeció el 17 de Junio. Los jacobinos y el pueblo, guiados por los girondinos, agitaban ya la capital, y todo anunciaba la proximidad de una insurreccion. Aquellos ministros, sin fuerza armada, sin popularidad y sin partido, aceptaban así la responsabilidad de los peligros acumulados por sus predecesores.

El rey vió por última vez á Dumouriez, y la despedida del monarca y su ministro fué muy tierna. «¿Con que os vais al ejército?»—dijo el rey. «Sí, señor,—respondió Dumouriez.—Sería una delicia para mí abandonar esta horrorosa ciudad si no me fuese con el sentimiento de los peligros que corre V. M. Escuchadme, señor, yo no he de volver ya á veros. Tengo cincuenta y tres años y mucha experiencia, y no puedo separarme de vos sin deciros que se abusa de vuestra conciencia respecto al decreto contra los sacerdotes no juramentados, y que se os conduce á la guerra civil. Vos estais sin fuerza, por lo cual tendreis que sucumbir, y la historia, al mismo tiempo que os compadecerá, os acusará de las desgracias de vuestro pueblo.» El rey estaba sentado al lado de la mesa en donde acababa de firmar las cuentas del general. Dumouriez se hallaba á su inmediacion con las manos cruzadas. El rey se las cogió y le dijo con voz conmovida, aunque resignada: «Dios es testigo de que yo no pienso más que en la felicidad de Francia». «No lo dudo,—contestó Dumouriez enternecido,—pero vos debéis dar cuenta á Dios, no sólo de la fuerza, sino del uso ilustrado de vuestras intenciones. Vos creéis salvar la religion, y lo que haceis es destruirla. Los sacerdotes serán asesinados. Os quitarán la corona, y quizas vos, la reina y vuestros hijos...» No pudo acabar la frase, porque el rey le tapó la boca derramando abundantes lágrimas. «Aguardo la muerte,—le dijo con tristeza,—y desde ahora se la perdono á mis enemigos. Os agradezco vuestra sensibilidad. Me habeis servido bien, y os aprecio. Adios. Sed más dichoso que yo.» Despues que Luis XVI hubo dicho estas palabras, fué á esconderse en el hueco de una ventana que estaba en el fondo del cuarto, para ocultar mejor la turbacion de su rostro. Dumouriez no volvió ya á verle. Al salir de allí fué á pasar algunos dias retirado en uno de los barrios más solitarios de Paris. Mirando el ejército como el único asilo en que un ciudadano podia servir aún á su patria, salió para Douai, en cuyo punto se hallaba el cuartel general de Luckner.

## III

Los ministros girondinos quedaron por un momento aterrados entre la humillacion de su caída y el gozo de su próxima venganza. «Héme aquí despachado,—dijo Roland á su mujer al entrar en su casa;—no siento más sino que nuestra len-

titud nos ha privado de tomar la iniciativa.» Madama Roland se fué á vivir á una modesta habitacion, sin perder nada de su influencia ni echar de ménos el poder, puesto que llevaba consigo su genio, su patriotismo y sus amigos. La conjuracion no hizo sino mudar de casa, y desde el ministerio del Interior pasar en masa al gabinetito en donde ella reunia é inspiraba á otros su pasion.

Este círculo se agrandaba todos los dias. La atraccion de aquella mujer se con-



El conde de Artois.

El conde de Provenza.

fundia en el corazon de sus amigos con la atraccion de la libertad, y adoraban en ella la futura república. El amor que aquellos jóvenes le tenían sin confesárselo, formaba parte de su política sin que ellos mismos lo supiesen. Las ideas no se hacen activas y poderosas sino cuando el sentimiento las vivifica. Esta mujer era el sentimiento de su partido.

Reclutó éste por entónces un hombre extraño á la Gironda, pero á quien su juventud, su rara belleza y su energía debian lanzar naturalmente en aquella faccion de la ilusion y del amor que estaba dirigida por una mujer. Llamábase este joven Barbaroux, y no tenia entónces sino veintiseis años. Era hijo de Marsella, y pertenecía á una de aquellas familias de marinos que tanto en sus costumbres como en su fisonomía conservan siempre algo de la osadía de su vida y de la agitacion de su elemento. La elegancia de su talle y las gracias de su rostro recordaban las formas que adoraba la antigüedad en sus estatuas. La sangre de aquella Grecia asiática de que Marsella es una colonia, se revelaba en la pureza del perfil del joven